

MASA INDÓCIL

Sobre la “ilusión” del Chile de 1973

Rodrigo Karmy Bolton

Universidad de Chile, rodrigokarmy1977@gmail.com

RESUMEN

El presente artículo problematiza la cuestión de la “masa” a propósito de su irrupción en el contexto chileno del 18 de octubre del 2019, situando el límite que tiene el tratamiento que hace Sigmund Freud para pensarla y atender tanto la dinámica del deseo como su deriva destituyente respecto de las instituciones que, como se sabe, se articulan en función de la noción de “ilusión”.

Palabras clave: “masa”; “ilusión”; Freud; Jean-Luc Nancy.

ABSTRACT

This article problematizes the concept of “mass” regarding its irruption in the Chilean context on October 18, 2019; showing the limit of Sigmund Freud’s perspective on it, and attend to both the dynamics of desire and its destituent potency over institutions that, as is known, Freud articulates them from his notion of “illusion”.

Keywords: “mass”; “illusion”; Freud; Jean-Luc Nancy.



1. El problema

En su comentario a las tesis que Gustav Le Bon desarrolla en su *Psicología de las multitudes* Sigmund Freud se detiene en un aspecto central: la “sugestión”. Según Le Bon, la masa necesariamente se rige por el mecanismo de la “sugestión” en la que los individuos pierden su racionalidad y devienen miméticos con la masa. En este sentido, las masas seducen y conducen, irrigan un poder que Le Bon pretende “explicar” desde el término “sugestión”. Como ha subrayado Andrea Cavalletti el nacimiento del psicoanálisis remite a su resistencia contra la “hipnosis” (2014); sea en las primeras aproximaciones clínicas de Freud cuando estudiaba con Charcot en la Salpêtrière y colaboraba con Breuer en Viena; sea en su noción de la “masa” que encontrará en la crítica a Le Bon su decisivo –y problemático– punto de desarrollo.

Ante todo, porque si Le Bon destaca la “sugestión” como dispositivo clave de la masa y, por tanto, operación por la cual puede llegar a peligrar la misma civilización –en la medida que la diferencia entre civilización y barbarie se despliega como una diferencia interna a la propia civilización metropolitana– Freud pondrá en cuestión la “sugestión” desplazando la “explicación” de Le Bon hacia la cuestión amorosa. No se trata, para Freud, de una “explicación” de las masas que tenga a la “sugestión” como causa, sino de una problematización que sea capaz de “explicar la explicación” –dirá León Rozitchner (1972). La “magnitud libidinal” se abre paso frente al problema de la “sugestión”, como en la otrora configuración de su práctica clínica, la “asociación libre” lo habría hecho respecto de la “hipnosis”. La “sugestión” sería el síntoma, pero no la explicación. El fenómeno inmanente a la masa que, sin embargo, habría que detenerse a pensar. La detención sugerida por Freud frente a Le Bon es clave: este último no es un simple teórico de la masa, sino un pensador reaccionario del siglo XIX. Para Le Bon la masa es expresión de la barbarie, fuerza que atenta contra la civilización y amenaza fundamental contra la Europa de su tiempo. Frente a tal fuerza no cabe más que responder a favor del individualismo. Pero Freud no comparte el horizonte de su pensamiento. Su apuesta ilustrada le permite ir más allá y detenerse en el problema que Le Bon pasa de largo: la explicación de la masa que sospecha frente al mecanismo hipnótico.

Freud manifiesta su acuerdo con Le Bon respecto del: “(...) carácter hipnótico del estado del individuo dentro de la masa” (2001, p. 73). Pero su posición difiere respecto de la explicación que ofrece:

“En su opinión –dice Freud respecto de Le Bon– tan pronto como unos seres vivos se encuentran reunidos en cierto número, se trate de un rebaño de animales o de una multitud humana, se ponen

instintivamente bajo la autoridad de un jefe. La masa es un rebaño obediente que nunca podría vivir sin señor” (2001, p. 77).

Para Freud, el modelo leboniano no explica cómo es que dicha espontaneidad sucede, cómo se produce. ¿Por qué, según Le Bon, el encuentro inmediatamente devendría en la obsesión de la masa por instaurar un jefe? Lo que se juega en Freud no es simplemente un problema epistemológico, sino sobre todo político: se trata de pensar lo que Le Bon da por hecho, de detenerse en el proceso por el cual una masa termina por darse la “autoridad de un jefe”. Aquello que para Le Bon aparece como natural y, por tanto, permanece impensado bajo la sombra de la “sugestión”, para Freud exige el trabajo del pensamiento. Justamente la cuestión de la autoridad: ¿la masa –toda masa- *necesariamente* requerirá de un líder, de un jefe o, más bien, ello obedece a un proceso muy preciso que actualiza un pasado inmemorial que el neurólogo de Viena identificará a la horda primitiva?

Para desarrollar el problema Freud ejerce una doble operación: por un lado, se propone “(...) aplicar al esclarecimiento de la psicología de las masas el concepto de libido (...)” (Ibid., 86); por otro, la noción de libido le permitirá dilucidar la cuestión de la “autoridad de un jefe”. Para Freud, “libido” designa una “magnitud cuantitativa” de una potencia absolutamente cualitativa que, según él, puede denominarse bajo el término “amor” que concibe en su versión “ampliada” en la forma de lo que su metapsicología ya desarrollada denomina “Eros”. Se trata, entonces, de un complejo mecanismo erótico el que operaría en las masas y que, en algunos casos, cuando se instaura la autoridad de un jefe, podría cristalizarse en la forma de la “sugestión”. No habrá sugestión sin un jefe que sugestione. Pero ello implicará el deslinde del “amor”, una compleja maquinaria por la que dicho “amor” podrá ser administrado.

2. Ilusión

Como es sabido –y no quisiera detenerme en demasía al respecto, considerando que habría que revisar lo que el propio Freud señala respecto de los demás referentes teóricos que cita (Tarde-Mc Dougall)- para Freud los “vínculos de amor” devienen el núcleo mismo de las masas. Más aún: Freud dirá que Eros mantiene cohesionada a la masa –cuestión del todo clave si pensamos que no se trataría de un “jefe” sino de lo que este último cristaliza como “amor”. No es el jefe quien cohesiona, no es el “jefe” por tanto, el “núcleo” de la masa, sino el “amor”. Desplazamiento, entonces, de la hipótesis reaccionaria de Le Bon que le permitirá problematizar a la institucionalidad moderna que se expresará en la existencia de la Iglesia y el Ejército.

Sin embargo, aquí Freud ya ha cometido una “trampa” importante: no solo ha desplazado al fenómeno de la “sugestión” hacia la fuerza del “amor” sino, además, ha problematizado la hipótesis leboniana colocando a dos instituciones que *no son* las que analiza Le Bon y que Freud llamará “masas artificiales”. Frente a la masa fascista analizada por el pensador reaccionario en que la intensidad deviene inmediatamente “sugestión” por parte de un jefe que hace perder la individualidad a sus miembros, Freud analiza otras “masas” mucho más estables pero que le permitirán deslindar el funcionamiento del “amor” en los mecanismos institucionales de la modernidad que estarán articulados por una estructura teológico-política en la medida que la Iglesia y el Ejército juegan como paradigmas de dichas instituciones. A esta luz, la pregunta que cabe es cómo Freud podrá anudar al carácter polimorfo del “amor” con la dimensión jerárquica de las dos masas que analiza o de la estructura teológico-política de la masa moderna, si se quiere. Para eso, utiliza un término técnico que, al parecer, no volverá a aparecer sino hasta 1927 (hasta *El porvenir de una ilusión*): la “ilusión”.

Toda institución requiere de la “ilusión” dice Freud. He ahí el mecanismo que media la orientación del “amor” de la masa hacia la “autoridad de un jefe”:

“En la Iglesia (con ventaja podemos tomar a la Iglesia católica como paradigma), lo mismo que en el ejército, y por diferentes que ambos sean en lo demás, rige idéntico espejismo (ilusión), a saber: hay un jefe –Cristo en la Iglesia católica, el general del ejército –que ama por igual a todos los individuos de la masa. De esta ilusión depende todo; si se la deja disipar, al punto se descomponen, permitiéndolo la compulsión externa, tanto Iglesia como ejército” (2001, pp. 89-90).

El “amor” deviene así el núcleo de la masa artificial, pero administrado por la maquinaria de la “ilusión”. El “amor” transfigurado en “ilusión” de que el padre “ama a todos por igual” constituirá el mecanismo fundamental de la estructura teológico-política del Estado moderno (Iglesia-Ejército). El “padre” jamás conduce o dirige a la masa solo en virtud de sus cualidades personales, sino siempre en cuanto cristalización de una “ilusión” en particular. Justamente, lo que falta a Le Bon será esa mediación, el término técnico por el que el “amor”, en la intensidad en la que nos atraviesa, deviene “ilusión” y, en este sentido, mecanismo de sostén del poder por el cual los individuos, vía la actualización del mito de la horda primitiva - terminan por identificarse parcialmente. Una subjetividad produce en la tensión inmanente al ensamble teológico-político de las instituciones.

Por eso Freud podrá concluir su célebre capítulo VIII mostrando el mecanismo que produce dicha subjetividad: el “amor” no será sino amor objetal (un amor “que se dirige a un objeto en particular o, si se quiere, un amor imaginario) y, en ese sentido dirigido hacia la constitución de la “ilusión” en

la que el “ideal del yo” –instancia psíquica en la que se juega el “modelo” a seguir de los individuos y depósito psíquico del mito de la horda- de cada uno de los individuos logra poner como su objeto a un “líder” determinado. En otros términos, Freud explica a Le Bon: la masa será el extraño suceso por el cual el objeto coincidirá con el “ideal”. Por eso, el paradigma por el que Freud piensa la “masa artificial” se anunció ya en 1900, con la “Interpretación de los sueños”, cuando el joven neurólogo sostuvo la tesis de que el sueño funciona como un singular proceso o trabajo orientado al “cumplimiento del deseo”. En la “masa artificial” tiene lugar el mismo esquema: el jefe que, supuestamente, “ama a todos por igual” funcionaría fantasmáticamente a partir del “cumplimiento del deseo” de los individuos.

3. Dos notas

En *El pánico político* (2014), Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy han destacado, entre otras cosas, dos notas que me parecen clave para dirigirnos hacia el problema que quisiera plantear. Justamente, indagando en torno a “Psicología de las masas y análisis del yo”, los filósofos advierten la existencia de dos “axiomas” en el pensamiento de Freud: en primer lugar, el “narcisismo” como límite de toda formación social; en segundo lugar, que para Freud todo amor parece ser objetal, en la medida que está cruzado por el problema de la “identificación”.

Del primer “axioma”, plantean que tiene la consecuencia no menor de concebir al lazo social originario como una “no relación” en la medida que el narcisismo opera como un límite de lo social, su hostilidad constitutiva (algo así como lo que, desde Hobbes, Kant recuperará en la forma de la “insociable sociabilidad”). Del segundo sostienen que la “identificación” constituirá el “fundamento de lo social”: “Hasta el final, a través de todos los textos sobre cultura, se mantendrá la articulación entre ambos axiomas: la identificación constituye la limitación de la no-relación narcisista, y un (el) lazo sociopolítico fundamental.” (2014, p. 23). Así, el pensamiento de lo social en Freud estaría atravesado por una tensión constitutiva entre la no-relación y el amor de objeto que fundaría toda relación social.

Pero, Lacoue-Labarthe y Nancy se detienen aquí: Freud pretende explicar lo que Le Bon no explica, pero oblitera interrogarse sobre la presuposición que parece estar a la base de los dos “axiomas” que le permiten desarrollar tal explicación: el sujeto. “El amor presupone lo que hay que explicar: la relación entre los sujetos, es decir, la relación objetal” (Ibid., 29). Si el amor en Freud se restringe al objeto es porque no puede ser pensado sin presuponer al sujeto que en *Psicología de las masas*

-dirán Lacoue-Labarthe y Nancy- asumirá el *plus* del Padre que “ama por igual a todos sus hijos”. Es como si, al detenerse en el presupuesto de Le Bon (la “sugestión”) se volcara hacia la cuestión del “amor” pero, en vez de pensar al “amor” como una intensidad más acá de toda relación “objetal” y, por tanto, de cualquier forma, de “identificación”, lo circunscribiera exclusivamente al presupuesto de los “dos axiomas” mencionados.

De esta forma, al igual que cuando encuentra la noción de “pulsión” e inmediatamente Freud enarbola una máquina representacional articulada en la forma del Complejo de Edipo, también su pensamiento sobre la “masa” solo puede referirse a la “masa artificial” que es precisamente la que está completamente articulada por la estructura teológico-política de la representación (La Iglesia y el Ejército). Con ello, Freud tranquiliza, dociliza al “amor” y a cualquier pensamiento que intente concebir una “masa” más allá de la dicotomía Le Bon-Freud o, si se quiere, masa fascista o masa artificial. Más aún: Freud dociliza a lo inconsciente e impide pensar que precisamente ahí *lo inconsciente ha devenido indistinguible de la masa*. La masa es lo inconsciente como lo inconsciente es masa, deseo indócil que no se ajusta jamás a la dinámica “objetal” que presupone la apuesta teológico y política del sujeto.

4. Revuelta

Es posible que sea justamente en este punto donde al psicoanálisis le haya sido problemático pensar la sublevación. Porque si bien el esquema freudiano encontrará en Wilhelm Reich su mejor y más “política” lectura cuando la “ilusión” sea leída no para pensar las “masas artificiales” sino para la masa propiamente fascista (Reich da un doble paso: más allá de Le Bon y más allá de Freud, a la vez), el mismo esquema resulta inoperante para la revuelta. Sobre todo, si en ésta última se pone en juego una violencia derogante que, justamente, vuelve ineficaz al lazo transferencial que anuda al analista con el analizado y a los miembros de una institución para con el Padre. En otros términos, la revuelta irrumpe cuando la “ilusión” sucumbe.

En la perspectiva de Freud cuando la “ilusión” experimenta descomposición solo atisba a ver el pánico, pero nunca ve en dicha descomposición la posibilidad de otra forma de vida como la que irrumpe con la revuelta. Porque si el pensamiento acerca de la “masa artificial” que Freud desarrolla en *Psicología de las masas* se ciñe a la cuestión del “cumplimiento de deseo” descubierto en la “Interpretación de los sueños” de 1900, habría que preguntarse, justamente, qué designa “cumplimiento” en dicha expresión.

Si estamos de acuerdo que en los sueños se anuda un “cumplimiento” que no hace obra, sino que se desvanece e irriga aleatoriamente a diferencia de la “masa artificial” donde la condensación de dicho “cumplimiento” hace obra en la forma de la “ilusión”, entonces tendríamos que contemplar aquí cómo el descubrimiento de Freud, esto es, el Eros como fuerza salvaje que amplía los lazos, no encontró en Freud toda la medida de su dignidad. Porque Eros no puede reducirse a la deriva “objetal” que imponen los “dos axiomas” advertidos por Lacoue-Labarthe y Nancy y, por tanto, en él, no habría una necesidad de afirmarse en la forma de una “masa artificial” tal y como Freud la expone. Antes que eso, la “masa” vibra en su espectralidad, en la labilidad de su consistencia como una *nada* o, si se quiere, como nada más que deseo donde, como señalábamos, lo *inconsciente no deviene sino masa*.

La masa es sinónimo de un deseo que desactiva los “dos axiomas” sobre los que descansa el sujeto porque este último no podrá estar condicionado por un “objeto” específico en cuanto su devenir no hace más que carecer de objeto. O, más bien, requiere de objetos como médiums en los que encuentra posibilidades o no de potenciación pero que, precisamente por eso, la potencia de Eros excederá siempre los objetos que inviste pues subvierte las formas de identificación que, en caso de ser depuestas destruye la “ilusión” para abrazar la libre potenciación del deseo. Un deseo que no calza con la “ilusión”, una masa que no calza con la institución.

El “cumplimiento de deseo” tendría, entonces, dos lecturas: la primera sería la de un “cumplimiento” desobstante tal y como aparece en los sueños, la segunda la de un “cumplimiento” obrante tal y como lo impone la “masa artificial”. En este sentido, Freud no vuelve a su juventud, no retorna a su misma in-fancia cuando carecía del léxico legitimante de la nueva ciencia que nacerá a partir de la destitución de la “hipnosis” y que denominará “psicoanálisis”. El psicoanálisis no tiene una noción de obra (la “pulsión es variable” dirá Freud). El mismo es efecto de una destitución transferencial anudada a la estrecha relación de Freud con Charcot y Breuer. Y, sin embargo, Freud no parece admitir la posibilidad de ese amor libre que solo puede pensar en términos de “pánico” y nunca en clave insurreccional –en la medida que dicha insurrección repite una y otra vez la deriva mítica de la horda primitiva y el Padre primordial.

Es decir, Freud captura de antemano a la masa –tal como a lo inconsciente- en su potencialidad de sublevación y, con ello, solo puede llegar a pensar a lo social a partir de la segunda noción de “cumplimiento de deseo”, esto es, aquella que hace “obra”. Pero la revuelta es precisamente lo que desobra y, en este sentido, lo que destituye, tal como Freud lo hizo respecto de la hipnosis y la institucionalidad médico-psiquiátrica de su tiempo.

Sin embargo, a pesar de las limitaciones freudianas podemos ir más allá –y de hecho se ha ido más allá- para pensar la inmanencia de esa “masa” de ese “deseo” cuyo cumplimiento no hace más torcer el destino mitológico de la obra. El modelo de la revuelta –si hay alguno- es el de los sueños, el de la institucionalidad, en cambio, es el de la “masa artificial”. Volver a Eros significa volver sobre lo abyecto, pero justamente por eso, a lo que no está garantizado de antemano y que carece de toda presuposición de algún sujeto previo.

Una masa pensada como deseo puede ser el pánico –pero solo en cuanto esta última siga deseando nada más que la falta de ese objeto; pero también puede ser revuelta en la que se acusa recibo de la única pérdida que puede devenir revolucionaria: que si hay algo que hemos perdido es que, finalmente, no teníamos nada que perder. Hemos perdido la ilusión en el objeto perdido. *Destituir significa perder la “ilusión” de que efectivamente teníamos un “objeto” que perder.* En nuestro caso, el de un país que acusó un golpe neoliberal desde 1973 hasta la fecha, habría que sacar todas las consecuencias del caso, cuál era la “ilusión” sino la figura del “modelo” que por fin supimos perder y, entonces, nos tiene en el umbral de una nueva época histórica.

Septiembre 2020.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Cavalletti, Andrea. (2014). *Sugestión*. Adriana Hidalgo Editora.

Freud, Sigmund. (2001). Psicología de las masas y análisis del yo. En Freud, S, *Obras Completas* Vol. XVIII. Amorrortu.

Lacuoue-Labarthe, P. y Nancy, J. L. (2014). *El Pánico político seguido de El pueblo judío no sueña*. Palinodia.

Rozitchner, León. (1972). *Freud y los límites del individualismo burgués*. Siglo XXI